

SOR JUANA

La visita que hiciéramos con Pedro de las Casas, invitados por el licenciado Xavier Olea Muñoz, a Nepantla, cerca de Amecameca, al norte de la ciudad de México, para conocer el lugar de nacimiento de la Décima Musa de América, me ha traído a la memoria el orgánico libro sobre Sor Juana del poeta y crítico literario Octavio Paz: *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*.

¿Quién fue esta mujer que llegó a ocupar tan alto rango en las letras de su tiempo, y que inquietó a los más connotados literatos siendo autodidacta desde su niñez? Con sólo decir que aprendió a leer, escribir y contar correctamente a los dos años de edad, a espaldas de su madre, estamos demostrando su genialidad. Cuando adolescente se inclinó decididamente a las letras, y especialmente a la poesía, leyendo todo lo que llegaba a sus manos. Ya a los trece años se insinuaba la gracia y donosura de su rostro.

Recibiendo los ditirambos de sus admiradores, la presentaron a la virreina Leonor Carreto, marquesa de Mancera, a quien le cayó en gracia enseguida, por lo que la admitió en el palacio real con el título de «muy querida de la señora virreina». Ya con su inclinación literaria pública y manifiesta, tuvo acceso a la biblioteca de palacio, donde adquirió gran versación y prestigio en todas las ramas del saber.

El propio marqués de Mancera puso en prueba los conocimientos de Juana, cuando ésta tenía solamente dieciséis años de edad. Convocó a cuarenta personas versadas en todos los conocimientos de la época para que la examinen, de lo cual salió airosa a pesar de los embates, al extremo que el marqués dijo que ella era un galeón real que se defendía de las pocas chalupas que la embestían.

Su sabiduría, paralelamente a su belleza física y gran facilidad para versificar, hacían agradable su trato; y su presencia, envuelta en un halo, daba brillo a su inteligencia, que la hacían presa de lisonjas y halagos.

Si nos llevamos por su poesía podemos intuir que se había enamorado de quien no le correspondía. Parecería que el que se acercó a ella era guiado por las bajas pasiones; de ahí su desilusión y el desencanto que revelan sus versos, entre los que se cuenta el famoso soneto: «Cuando mi error y tu vileza veo»... De ahí, seguramente, su total aversión al matrimonio.

Las opiniones de los estudiosos se han dividido, al pensar que esa desilusión la llevó al enclaustramiento, sabiendo que era un amor imposible. Leamos este romance suyo:

[...]
Yo me acuerdo, ¡oh nunca fuera!,
que he querido en otro tiempo
lo que pasó de locura
y lo que excedió de extremo;

mas como era amor bastardo,
y de contrarios compuesto,
fue fácil desvanecerse
de achaque de su ser mismo.
[...]

Siendo contradictorio su amor desde la atalaya de su brillante madurez espiritual, buscaba nada menos que acordarse de Dios. Ingresó a la religión con el temor de que su espíritu no se amoldara a lo riguroso del voto que iba a contraer; pero su confesor, el padre jesuita Antonio Núñez, ahuyentó esos recelos, pues si el talento se oponía a las virtudes religiosas, había que ocultar el talento. Antes de los dieciséis años toma la decisión definitiva de ingresar al claustro; y antes de los diecisiete lo hacía como novicia en el Monasterio de Santa Paula, de la Orden de San Jerónimo, donde hizo votos de «vivir y morir todo el tiempo en medio de la obediencia, pobreza, castidad y permanente clausura», adoptando el nombre de Sor Juana Inés de la Cruz.

Su innato apego a la versificación lo llevaba a flor de pluma, tanto que temía que se «violentara» para no escribir todo en verso. Le ocurría lo que a Ovidio: que todo lo que intentaba decir le resultaba en verso. Tanto le fluía el verso, que ella lo consideraba como simple pasatiempo (« [...] / el tiempo más perdido / fueron ocios descuidos»). Sin embargo, consideraba que su actitud era forzada, obligada por un poder superior, y explicaba que no eran sus deseos, sino deseos ajenos. Esto se demuestra con el constante asedio que tuvo la ilustre monja por los requerimientos de sus amistades y admiradores. Se la parangonaba con Safo, al llamarla «la Décima Musa»; y con Lope, al considerarla «la Fénix de América».

Su poesía es esencialmente lírica, amorosa; el amor humano antitético y el amor divino esencial; el primero, compuesto de contrarios; y el segundo, toda beatitud y contemplación, la búsqueda perenne de Dios. Cantó al amor terrenal tan apasionadamente, que nadie la igualó; de ahí su duplicidad entre la mujer y la santa.

Como mujer fue exquisita, espigada, con proporciones naturales que ella no cultivaba; y con un rostro hermoso, donde los ojos expresivos denotaban gran alegría y felicidad.

Nosotros le dedicamos el poema «Sor Juana», donde se hace un balance de su actitud femenina y monjil, a fin de averiguar lo que primó en ella: la mujer o la santa. He aquí el poema, que acaba de aparecer en mi libro *El salmo herido*:

Sor Juana

La palabra de tu cara,
Sor Juana;
tu palmito de ámbar,
Sor Juana,
discurren por los caminos
de la gracia,
viajando en locos vaivenes
por los senderos difuntos
de la estancia.

Tu palmito de ámbar,
Sor Juana,
¿por qué preguntas así,
tú, la más sagrada?
Sor Juana,
tienen tus versos un don,
tienen alma;
un perfume que se extiende
y no acaba.
Tiene un secreto tu voz,
que va caminando en cada
minuto de tu vivir,
Sor Juana.
Un misterioso dolor
que no te deja sentir
los placeres del amor,
Sor Juana.
Tu vida es un transcurrir,
es un remanso, una estada.
¡Ay, quién pudiera medir
lo que fuiste de mujer
y de santa,
Sor Juana.

Sor Juana. Diario *La Industria* de Trujillo. 01/02/93